

# GENTE VIEJA

ECOS DEL SIGLO PASADO

Número atrasado, 50 céntimos.

Paquete de 25 ejemplares, 2,50 pesetas.



JAVIER DE BURGOS

(\* 1842.—† 1902.)

¡Pobre Javier! Otro que nos abandona. En un período corto hemos perdido siete compañeros queridísimos.

Han muerto:

Víctor Balaguer.  
Luis Mariano de Larra.  
Manuel Matoses.  
Manuel Ortiz de Pinedo.  
Francisco Luis de Retes.  
Juan de Dios de la Rada y Delgado.  
Y Javier de Burgos.

\* \*

Javier de Burgos nació en el Puerto de Santa María. En Cádiz cursó las primeras letras, y vino a Madrid para seguir la carrera de Ingeniero, que no terminó por morir su padre, Presidente entonces de Audiencia en Filipinas.

Dirigió en Cádiz un gracioso periódico, *La Pelma*, y escribió mucho y bien en varias revistas y diarios, entre ellos en *El Contemporáneo*, de Albareda, donde escribían Bécquer, Valera, Correa y algún otro.

No citaremos todas sus obras, pues son muchísimas y todos las conocen; dediquemos sólo un recuerdo a *Los valientes*, obra por la que un autor se coloca a la cabeza. *Los valientes* pasarán como ejemplo a las literaturas venideras.

A pesar de haber hecho Javier, obras de tanto dinero como *Cádiz* y *Fiesta nacional*, ha muerto pobre.

Si como autor todos le aplaudieron, como hombre todos le querían. Gracioso siempre, siempre alegre, ocultando sus penas con sus chistes, ni para sus amigos ni para su familia tuvo jamás una nota

amarga. De los camelos, si no fué el padre él, nacieron huérfanos.

Recuerdo que en cierta ocasión nos dijo riendo: —¿Véis a D. Fulano? Pues fijaos qué gran tipo para torearle.... ¿Vamos á ello?

Llamó por señas al sujeto, y colocándose el abrigo en la mano izquierda: —Venga usted por acá, amigo.

—O por acá—y señalábale el sitio opuesto.

Hecho lo cual, le había capeado.

—¿Qué es de su vida?—díjole, abriendo los brazos de par en par, irguiéndose con gracia para *ci-tarlo*; y tras esto lo abrazó ligeramente, clavándole los índices en la espalda.

—¡Caramba, caramba!—Y canturreó un *tarari*, haciéndose el distraído, para avisarnos la suerte de espada.

Ya no podíamos contener la risa, y esperábamos que el buen señor se percatase de la broma; pero no fué así. Javier, con su abrigo al 'brazo, le dió los tres pases, y obligándole á bajar la cabeza con rapidísima mirada que lanzó á las botas del bicho, le estoqueó en la propia cruz al decirle, dándole como una palmada cariñosa:

—¿Qué es eso? ¿Qué mira usted?

Acabada la suerte, cada uno se fué por un lado, y hasta hoy, quizás ninguno volvió á pensar en aquel D. Fulano, que tenía realmente *lámina* de toro.

Hablaba en *camelo* con tal gracia, que quien no le conocía llegaba á azorarse.

Siempre estuvo de buen humor. Para pintar el carácter jovial de Burgos transcribimos, adicionando noticias curiosas, su última entrevista con Tomás Luceño:

—¿Qué tal, Javier?

—Aquí me tienes confesado y comulgado.

—Hombre, eso no es extraño; yo lo hago muy á menudo.....

—Es que tú tienes muchos pecados.

—Vamos, que tú también tendrás alguno.

—Es cierto que tenía alguno, pero el más grande es el que cometimos cuando escribimos tú y yo *Pavo y turrón*, porque es un sainete muy malo.

*Pavo y turrón*—que se aplaudió muchísimo—lo escribieron Burgos y Luceño en la Biblioteca del Ministerio de Ultramar, donde Tomás estaba empleado, desde las ocho de la mañana hasta las cuatro de aquella tarde; leyéronlo á las nueve de la noche; dióse entonces al maestro Nieto para que le pusiera la música. Al día siguiente, á las tres, hacíase el primer ensayo y se estrenó á las cuarenta y ocho horas.

Pidiéronles el sainete desde la Habana; en la travesía perdiéronse dos cuadros. Se representó y tuvo gran éxito.

—¿Lo ves, Tomás?—díjole al saberlo Burgos.—Esto sin dos cuadros; que si llega completo, nos fletan un barco para llevarnos á exhibir como *fenómenos* literarios.....

Y, ¿á qué seguir? Javier tenía dos personalidades: la de literato, que vivirá siempre, y la de hombre ingenioso, chispeante y simpático, que no morirá jamás para los que tuvimos la honra de tratarle.

¡Descansa, Javier! La vida es la lucha, y tú, como todos nosotros, habrás luchado en demasía. No nos echan del campo de las letras por *rancios*, como decías con gracia cuando formamos *GENTE VIEJA*; pero lo que los nuevos no hacen, va lográndolo la muerte con su inflexible hacer, ciega é implacable, llevando en su guadaña estampada una fecha.....

¡Descansa, Javier! Para quien te conoció y como tú ha luchado, este *descansa* lleva en sí toda la poesía del buen deseo. ¡Nosotros te lloraremos siempre!

JUAN VALERO DE TORNOS.

## La información de GENTE VIEJA

### Golosinas.

Reconociendo, como ha dicho un escritor ilustre, que *todo lo viejo y consagrado ha sido modernismo*, con cuya afirmación se prueba que el modernismo es tan antiguo como el mundo, y queda demostrado que la tal palabreja, aplicada á una escuela, ó no dice nada ó dice una inexactitud, hay que convenir en que al lado de bellezas artísticas se publican á diario verdaderas *golosinas*, que por lo originales y *pistonudas* tienen derecho de perdurar.

Lo mismo en prosa que en verso se dicen cosas muy curiosas.

Marquina, que en sus *Odas* ha demostrado ser poeta, dispara en prosa rítmica el siguiente razonamiento:

«El Sr. Rodríguez Serra, mi excelente amigo, me rogó *escogiera* alguna de mis composiciones poéticas para publicarlas en este tomo.

»Por eso las llamé *Eglogas*.»

La consecuencia es tan lógica, que sólo puede disculparse porque el autor, para hacer su libro, según él mismo dice, «ha visitado todos los jardines que sencillamente le rodeaban y ha escogido en ellos las flores de sus versos».

¡Claro! Cuando uno está *sencillamente* rodeado por jardines, es natural que se llamen *Eglogas* á las composiciones poéticas que un amigo ruega que se escojan.

Si en lugar de que los jardines le rodeen á uno *sencillamente* le rodeasen de una manera complicada, podrían llamarse seguidillas, pequeños poemas ó D. Bolero de Alcarrazas.

Otro señor principia una leyenda con el siguiente parrafito:

«De hermosa y plácida como un sol ya *queman*te (sí, porque el sol á veces *enfria*) de principios de primavera (*es cuando más caliente*), que, lanzando sobre cada objeto la tupida y esplendente lluvia de las saetas de sus rayos, llenaba de alegría y de vida (¿quién llenaba y á quién?), envolvía en una sonrisa de luz hasta á la invisible (Dios le conserve á usted la vista) partícula de polvo, germen quizá de algún ser diminuto (sí, porque una partícula de polvo no es capaz á producir un gigante) que errante *vaga deportada* á elevadísimas regiones, tornóse la tarde casi de repente en tempestuosa y huracanada.»

Y esto se comprende, porque el autor no apreció la variación del tiempo, ni por los callos, si es que los padece, ni por el barómetro; sino que, como dice, «se anunció tan detestable cambio con tal cual resoplido de la locomotora».

¡Claro también!

Pero á todo hay quien gane.

Otro señor dice lo siguiente:

«NOCHE Y POESÍA.

»Quisiera poder desarrollar sobre este y *no rayado* papel esos sentimientos profundos que

siente mi corazón. Los siente como un manantial que se desborda ante la corriente de lo que llaman poesía.

»¡Cuán hermoso y sublime es el cuadro que los poetas llaman su lira!

»Son armonías arrancadas de las cuerdas del laúd, que se esparcen como sombras vaporosas, que en el entusiasmo de su brillante carrera llegan á penetrar en esas regiones celestes del sentimiento y la gloria.»

Luego el poeta se canta á sí mismo y dice:

«Á MI ESPÍRITU.

Quisiera ¡oh ciencia mía!  
llegar á tu cúpula.  
Quisiera yo ser tan grande  
como mi ansia infinita.  
Quisiera montar el caballo  
coloso que lo encabrita:  
El genio de Miguel Angel  
y las obras de Fidias.»

Yo, en literatura, encuentro que hay quien tiene *Furor loquendi* y que *Gloria et virtutis invidia est comes*—considerando que el latín fué un modernismo en su tiempo no lo traduzco—y como soy muy liberal, y el disparate es la libertad de la razón, reconozco el derecho que cada cual tiene á escribir lo que sienta; *siento* lo que algunos escriben, y me propongo entresacar de cuando en cuando algunas joyas de la literatura modernista, que son en mi concepto verdaderas golosinas.

**Eufónica.**

(Fragmento de una novela fresquita.)

I

Estaba allí, ante la Dolorosa, que parecía más angustiada que nunca, al ver á la mujercita triste, tan negramente vistida de crespones.... Era su alma un jirón mismo de aquellas penumbras eternas que cercaban el altar, en el que parpadeaban dos céreos cirios, luminarias anémicas de pajizo chisporroteo.... Sí, allí estaba, trémulos los labios, espantable el mirar, pactando con la Virgen algo inmenso que la hacía estremecer, entornar los ojos .....y estornudar.

II

¿Y era aquella, aquella piltrafa de carne humana de violáceas ojeras y apagado color, *Chivita la Fresca*?

¿Era la que un atardecer, voluptuosa, sugestiva, espurreando dulces palabras y prometiendo frenéticos amores, cayó en postura desmayada sobre el césped húmedo exclamando con lágrimas de angel: «¡Fiero destino que me vences y me abandonas á merced de impulsos irrefutables?»

¿Era la misma que un día, delirante y resoluta, cruzó los ámbitos y apagó con chorros de besos los ardores de su amante el peluquero?

La misma, sí, la misma tierra empapada en sangre roja y mostrando el surco que la muerte trazó al pasar por los andurriales del vicio y la concupiscencia; de la sublime concupiscencia y el dorado vicio, emanación purísima de hechos mercenarios, despechos adorables.

¡Viva el amor!

III

«¡Flores, flores baratas, flores olientes....!»

Y *Chivita la Fresca*, lozana y gentil, ofrecía en manojos multicolores violetas, nardos y azucenas.

El rodar eterno de la pelota terráquea la llevó frente al ser que electrizaba sus miembros con sacudidas violentas. El amor pedía su tributo. Negábase la niña recatada y ruborosa, y la bestia humana, con energías de tigre, pedía voraz ¡carne, carne!

Palabras rosadas, formidables reproches, toda la magia, en fin, de Cupido en revuelto maridaje; y la robusta voz del deseo potente y voraz gesticulando frenética al ahullar ¡carneeee, carneeee!

.....  
¿Ha de culparse á la adolescente, cándida y resignada, á la niña de rubios bucles y labios

grana, cuyos hilos de oro acarician sus nítidos senos perfumándolos de juventud y velando las exuberancias emborrachadoras..... no..... ¡viva el amor!

\* \* \*

Y después de haber hablado de lo modernista y de lo fresco, voy á decir dos palabras de la fundición de *La moza de Cántaro* del antiguo Lope de Vega, hecha por el joven D. Tomás Luceño; y conste que si no empiezo la información con este asunto, es porque en en estos desfiles—los llamaría literarios si no fueran míos,—en estas informaciones, la presidencia debe ir la última, y cuando se habla de Lope de Vega siempre preside.

**La moza de cántaro.**

El estreno de *La moza de cántaro* ha venido á ser el mayor éxito obtenido en el teatro Español en lo que va de temporada, y esto demuestra una vez más que en el espíritu del público se conserva un instinto especial por lo bello, que todavía no han podido borrar ni las excentricidades del género chico, ni los extravíos de los apellidados modernistas.

La 1.500 obra de aquel gran ingenio, de quien Ventura de la Vega dijo

«Otro ingenio semejante tarde la tierra dará, porque descansando está de aquel esfuerzo gigante»

y nuestro compañero Valcárcel

«¡Ah! venturoso fué el día en que Lope vió aquel sol que para el suelo español nunca su luz escondía: España en glorias ardía, y él, tomando en ellos parte, alzó el altivo estandarte revelador de la idea, y dijo: «Que el arte sea,» ¡y brotó el mundo del arte!»

es una ingeniosísima comedia que se filtra, digámoslo así, en el ánimo del espectador, llevando á él todas las complacencias del gusto y todo el interés de una trama medida con la naturalidad y la perfección más exquisitas.

Por su gran mérito mereció que (si no recordamos mal) Calderón la refundiese con el título de *La ilustre fregona*, pero sin que su refundición lograra borrar la profunda huella que la primitiva obra de Lope imprimió en la senda de la literatura del siglo de oro. Quizá con ambas obras á la vista podamos algún día hacer notar los brochazos de maestro que Calderón añadió á la comedia, pero con ser tan grande su maestría, repetimos que no pudo eclipsar el brillo de la primitiva.

Distínguese ésta, entre otras cosas, por su maravillosa versificación: Lope de Vega fué siempre menos profundo, pero más natural que Calderón de la Barca: aventajóle Calderón en la intriga, en el contraste, en los recursos escénicos; pero la fluidez de Lope no pudo emularla: contagiado con el conceptismo de Góngora, alambicó muchas veces la frase y el concepto: Lope, en cambio, es siempre claro, siempre tierno, siempre gráfico en el decir.

Tarea es, pues, imperiosa y difícil refundir una obra de Lope: se necesita un conocimiento profundísimo del teatro y de la sintaxis de la época para poderlo hacer victoriosamente. Don Tomás Luceño lo ha conseguido: casi todo el acto primero es suyo; y ni el espectador ni el literato más perspicaz perciben la diferencia entre los versos de Luceño y los de Lope. La dicción, los caracteres, todo engrana con el original, y como al propio tiempo las situaciones se preparan con toda la picardía que el arte moderno exige, *La moza de cántaro* resulta una bellísima obra que embelesa al público y se impone al espíritu más exigente.

Dolorosísimo es, y más dolorosísimo por la causa<sup>1</sup>, que las representaciones de tan preciosa comedia hayan tenido que interrumpirse por tres

<sup>1</sup> La defunción de la madre de la Sra. Cobeña.

días; pero tal es su fuerza y tal el éxito obtenido que, al reanudarse, seguirán llevando numeroso público al corral de la calle del Príncipe. ¡Todavía el buen gusto prevalece en el pueblo español! Todavía sirven para marcar derroteros de arte los redactores de GENTE VIEJA.

CAGLIOSTRO.

EN EL ALBUM

de S. A. R. la Serma. Señora Infanta Doña María Isabel.

SONETO

Al expresar, Altísima Señora, la viva admiración que por vos siento, no temo que mi libre pensamiento se tilde de lisonja-engañadora.

¿Quién de ese hermoso corazón ignora la piedad y patriótico ardimiento?... Sois de las artes generoso aliento, y dulce madre del que sufre y llora.

Cual fresco y puro manantial que el ave busca en la sombra de floresta amiga, paz y amor difundís..... Mas ¿quién no sabe,

Que hada celeste sois que el bien prodiga, si no hay pecho infeliz que no os alabe, ni humano corazón que no os bendiga?

E. R. DE S. DUQUE DE RIVAS.

....ALLES FÜR ALLE

El simpático Mondragón del *Fíguro*, que ahora por cierto vuelve á su antiguo puesto en la redacción del colega de París, ha publicado en esta tierra de garbanzos un precioso artículo sobre el exterminio de los pájaros, manía eminentemente nacional, y á continuación otro, no menos interesante, sobre los niños que en Madrid no caben en las escuelas. Pero lo que no ha dicho, por dejar al lector el placer de sacar la consecuencia, es que si se matan cada año para Madrid 500.000 pájaros es precisamente porque..... no porque 25.000 niños no caben en las escuelas, como de fijo pensarían ustedes que iba yo á decir, sino porque en las escuelas no se les habla nada de eso. Yo no pretendo que el humilde maestro de escuela dé á sus alumnos un curso de Ornitología, porque es muy posible que de cien maestros noventa y nueve y céntimos no sepan lo que eso es, y nueve por ciento dejen de comer pájaros, recurso inestimable en esos bien surtidos mercados de Villachica ó de Riba-Tejía; pero me parece de perlas eso que ha hecho una profesora, de hacer una tirada del artículo, para que cunda entre los niños el cariño á esos simpáticos..... y utilísimos animalitos. Es imposible, á no ser un monstruo, que el niño que ha tenido y cuidado un pájaro enjaulado, no llegue á amarle como casi un semejante, y este cariño es el primer paso para el amor á la naturaleza, para el deseo de instruirse en sus misterios y para llegar á que los seres de la creación vean en el hombre un compañero de habitación, superior á ellos, pero su amigo y no su tirano. Si como ha sostenido D. Ramiro, en un artículo, es mejor la instrucción que se recibe por la explicación del maestro, que la que uno adquiere por la lectura, mucho pueden hacer los maestros en esta materia, y mas comprenderá el niño la utilidad del pardillo y de la alondra con una explicación del maestro, que leyendo á Buffón ó embutiéndole en su cabecita toda aquella nomenclatura que clasifica á las aves por la forma de sus picos, con los extraños nombres inventados por Cuvier ó Milne-Edwards. Antes hubo en Madrid una Sociedad protectora de los animales y de las

plantas; mi excelente amigo el Sr. D. José de Cárdenas hizo los imposibles por sostenerla, á pesar de que el Conde de Toreno, cuando veía pegar á una caballería me decía: ¿Pero qué hacen ustedes en esa Sociedad protectora? Claro que no se puede evitar esas salvajadas, pero la propaganda que ha hecho, por ejemplo, esa simpática profesora, á quien si yo fuese Ministro daría una recompensa, produce á la larga, aun en países tan refractarios á la cultura como el nuestro, excelentes resultados. Si aquí estuviesen las carreteras bordeadas de árboles.... no producirían renta las leñas y frutos como sucede en Alemania, pero se llevarían ambas cosas los desahogados habitantes de los campos limítrofes. ¡Y esto sí que podían evitarlo los maestros de escuela!

\* \*

Ya no es oportuno decir nada de los sucesos de Barcelona. Sólo recordaré que en la proclama de la huelga se decía: «Sepan los capitalistas que sin el obrero, á quien desprecian, no es posible la vida social. Claro: como sin el capital, que compra las máquinas, y luego compra los productos, no es posible ni hace falta para nada la vida del obrero, á quien nadie desprecia, como que es elemento tan indispensable como el otro en la vida de los pueblos. Ramiro de Maeztu ha dado en esto la nota, como ahora dicen: «Sepan las clases acomodadas que su fortuna y su saber son más deberes que derechos....» Esto es.... Catecismo puro del padre Ripalda, de que ahora se burlan los conspicuos de nuestros días.

Si imperase el Catecismo, no habría tenido necesidad el Gobernador de Valencia de recoger las armas de fuego; por cierto que sólo recogió seis en toda la huerta, y yo al ver esto, y al recordar cómo pinta á los huertanos su paisano Blasco Ibáñez, deduzco que, ó el Gobernador no ha sabido recoger armas, ó no es tan fiero el león como el novelista le pintó. Lo que me ha parecido peor es el alcalde ese que aconsejó á los Maristas que izasen bandera extranjera! Nadie ha vuelto á decir nada de esto, sin duda á causa de la enfermedad del Sr. Sagasta, que no nos deja gusto para nada; pero ese consejo dado por una autoridad, que yo lo dudo, es para meditado.

\* \*

Y siento tener que dar un toquecito á los médicos. Todavía no sabemos si la adición de aceite al pimentón es saludable ó nociva; eso en España. En cambio los doctores \*\*\* extranjeros no saben si Tolstói ha entrado ó no en la agonía, y tan pronto nos le dan muerto, y hasta con funerales y todo, cuando resulta que éstos han sido como los del solitario de Yuste, como aseguran que está el ilustre enfermo fuera de peligro y riéndose del Santo Sínodo y sus excomuniones: por algo dicen que la ciencia es cosmopolita, es decir, igual en todas partes.

\* \*

Y como aquí no tenemos ningún Tolstói que se nos muera por ahora, nos entretenemos en disputar sobre la autonomía de las Universidades y sobre su derecho electoral. El Sr. Azcárate, que es de la Casa, ha sostenido que le parece muy bien la restricción del voto, y que ha habido casos en que gentes extrañas á la Universidad hayan decidido con su voto la representación de ésta. Si el ilustre catedrático ha asistido á las elecciones senatoriales de Madrid, recordará el dulce abandono con que se hacían; y no es extraño que pasase lo que pasaba, que en las últimas no ha sucedido ya. Por lo demás, yo, que no soy del Claustro, tengo una opinión aun más radical que la del mismo Azcárate, quien se limita á tronar contra los extraños al Claustro docente; yo opino que la elección deben hacerla los que realmente pertenecen á la Casa, no los que viven fuera, como los mismos catedráticos: en suma, yo voto por que la elección senatorial sea genuinamente universitaria; ¡es decir, que voten solamente.... los Bedeles! Esa es la verdadera autonomía.

\* \*

Dos conflictos legislativos, para concluir:

El art. 3.º del Decreto ese de matrimonios militares dice que los que se casen *in articulo mortis* serán separados del servicio! Yo no sabía que se seguía en filas después de muerto, como el Cid; no conocía otro ejemplo; puede que sea para decir que los que se casan de esta forma tienen el mismo valor que el héroe legendario. Aunque no me extraña esta doctrina de ultratumba, cuando el Código civil dice (art. 834: Que para conceder al viudo ó viuda los derechos de sucesión cuando están separados por demanda de divorcio.... ¡Se esperará el resultado del pleito! ¡Es decir, que el difunto sigue litigando en el divorcio *quoad torum*, como si estuviese vivo! Me espanta la idea de lo que sucedería si el sobreviviente no ganase el pleito y se le conminase en la sentencia con la obligación de reunirse á su difunto cónyuge é ir á habitar con él.... ¡en el cementerio!

El otro conflicto es más divertido: un artículo de la Constitución creo que dice (porque yo estoy poco enterado de cosas de Constitución) que en los Tratados nada puede hacerse sin las Cortes, y otro dice que los puede hacer sólo el Rey.

Ustedes pensarán que el primer artículo lo invocarán los liberales, y el segundo los conservadores.... ¡Pues cabalmente es lo contrario! ¡Y esto sí que tiene aún más gracia que el mismo conflicto! ¡Y nos extrañamos de que digan: Casas de España!

GERARDO.

## LAS DOS ROSAS

APÓLOGO

A graves reflexiones;  
á detenido y hondo pensamiento,  
en muchas ocasiones  
dan las flores lugar y fundamento.

Lo digo, porque un día  
—miento, que el sol, cobarde,  
sus cabellos de llamas escondía  
en las oscuras tocas de la tarde—  
sentéme fatigado,  
frente á una estatua y entre dos rosales,  
uno de blancas rosas matizado  
y otro de rosas que juzgué corales.

Los hijos de estas flores, los capullos,  
inclinando las sienas primorosas  
de la véspera brisa á los arrullos,  
se echaban á dormir sobre las rosas.

¿Y lo creeréis? pues una,  
la más bella quizás de las del rojo,  
se quejaba del cielo y su fortuna,  
así diciendo con marcado enojo:

—«Esta belleza franca  
es alta, sí; pero vulgar belleza,  
¿por qué no nací blanca,  
virgen dechado de inmortal pureza?»

Flébil eco sumiso  
en el otro rosal juzgué que oía,  
aplique la atención y hallé indeciso  
que una rosa hermosísima decía:  
—«¡Oh! hijos infelices,  
de esta misera flor que holló la nieve,  
¿por qué no nací roja? esos matices,  
fueran encanto á vuestra vida breve.»

Levantéme y partí; pensé en mi anhelo,  
que si hasta el alma de la flor yerra,  
es que existe otra vida sobre el cielo,  
pues que nadie es feliz sobre la tierra.

ANTONIO ALMENDROS AGUILAR

## EL ÚLTIMO JIRÓN

Mientras el vapor acuoso de la atmósfera se transforma en las entrañas de las nubes en artísticas cristalizaciones; mientras las partículas esponjosas se desprenden de la altura descri-

biendo en su indolente caída fantásticas combinaciones que ofuscan la vista; mientras juega el viento con los blancos copos meciéndolos amorosamente en indecisas espirales en las que se juntan, se besan, se dispersan y se entrelazan; mientras no cesa el loco aletear que marea; mientras la última gota de agua congelada no queda prisionera en la seca rama ó va á buscar reposo sobre la madre tierra, siento un vehemente deseo de ir al campo á presenciar esa espléndida manifestación de la naturaleza.

No sé si por los muchos años en que no he podido disfrutar de ese espectáculo, ó por los requerimientos de mi espíritu, propenso siempre á preferir la soledad y el silencio á la bulla y á la algazara, es lo cierto que tengo un plácido despertar cuando á la luz del alba percibo el choque sin ruido que produce la nieve en los cristales de mi balcón. Instantáneamente desaparece mi habitual pereza, me visto apresuradamente y con infantil impaciencia busco el interior del Retiro.

En uno de los últimos días de *fortuna*, como llaman los cazadores á los que amanecen nevando, me encontré en la amplia plazuela en que se asienta el Museo-Biblioteca Ultramarino. Estaba solo; la nieve caía en abundancia, haciéndome ver la tierra y el cielo, los árboles y los edificios, cual si los mirara al través de un cristal salpicado de movibles gotas de plata.

Hacia mucho tiempo que no visitaba aquel sitio. Envuelto en nieve y dejando atrás las huellas de mis pasos, recorrí todo el espacio que ocupó la Exposición de Filipinas. Puede decirse que fué *ayer* cuando se celebró aquel originalísimo certamen, y, sin embargo, ¡cuántos acontecimientos han sucedido desde entonces, cuántas lágrimas vertidas, cuántas esperanzas muertas!

Todo cuanto pudiera recordar el paso de la vida del Oriente por aquellos parajes, ha desaparecido. La casita de nipa de armazón de caña y bejuco, alegrada en otros tiempos por las vistosas y pintadas telas de las cigarreras tagalas; el *ranchito* de los igorotes, con los fúnebres despojos que coronaban la estacada de su cerca; la rústica estancia de las hábiles y silenciosas tejedoras visayas; los auténticos *bajais* de la barriada de Santiago, sobre cuyos *sajis* desperezaban su indolencia vícoles y pampangos; el pequeño torreón de palma brava con su campanita en lo alto y la imagen del Santo Niño de Cebú en el ara de su vecina ermita; los baños en que hacían sus rituales abluciones los moros de Mindanao; el barracón en que se escuchaba á la caída de la tarde el melancólico *cundiman* indio, nada de esto encontré en mi camino, restando sólo de aquella memorable exhibición oceánica el palacio de cristal, testigo de regias fiestas, el Museo-Biblioteca y la ruinoso y vacía estufa, albergue algún día de las más ricas y preciadas manifestaciones de la flora filipina.

En lo más intrincado del inculto bosque que se alza á espaldas de la cascada, buscó mi vista con avidez en las copas de los árboles la choza en que dormía el negrito de Mariveles, reconcí por fin el árbol, en el que sólo quedaba de aquel humano nido un informe jirón de nipa que colgaba de una seca rama.

Fuertemente impresionado retorné á la explanada, llegando á ella á la sazón en que encendía un brasero en la puerta del Museo uno de sus dependientes, en el que creí reconocer á un antiguo empleado. El no vaciló y me saludó cariñosamente por mi nombre.—Pase usted, señor, y se quitará la nieve,—me dijo. Subí la escalinata, estreché su mano y....—no, no entro, me encuentro aquí cual si me hallara á la puerta de la habitación donde estuvieran encerradas todas las prendas queridas de un ser muerto. ¡Qué triste está todo esto!

Por largo rato vacilé en entrar; por último, haciendo un supremo esfuerzo, pasé. ¡Qué frío hacía en aquellas solitarias salas! ¡Cuánto y cuánto recuerdo se agolpó á mi mente al ver miles de objetos conocidos! Allí, en los salones de la izquierda, se guardan inapreciables libros en cuyas páginas la palabra escrita y la palabra impresa relatan cuatro siglos de glorias y proezas; allí, en inmensos mapas, se marcan en líneas sin fin y en superficies sin medida, las tierras y

mares en que flotaba la enseña castellana; allí el viejo globo, que da fe de aquel poderío apenas deja espacio para dar conocimiento de la pequeñez de los demás, explicando por modo claro aquella reducción del planeta, el cómo el sol jamás dejaba de alumbrar tierra española; y allí, por último, está completa la gigantesca obra que comenzaron Colón y Magallanes.

Mano patriota logró salvar de la última catástrofe las tablas que perpetúan las hazañas de D. Simón de Anda, ilustre Magistrado que allá en mejores días supo arrancar de los muros de Manila las banderas anglo-sajonas. De negra madera son, cual si el escultor que en toscos caracteres dejó memoria de aquella empresa, hubiese presentido que habían de venir á la desheredada Metrópoli á dar sombra á las pesadas mazas de plata que *custodiaban* á aquellos altivos Virreyes, que al frente de sus *Reales Acuerdos* ponían el veto á los mandatos soberanos, que á su juicio pudieran perturbar la tierra que gobernaban. En forma de cruz se alzan en cerrada vitrina, cual si demandaran una plegaria por nuestras muertas grandezas. Todo cuanto relatan aquellos volúmenes, todo cuanto expresan los varoniles retratos de los conquistadores, todo cuanto demarcan los dilatados dominios del gran César, todo cuanto tiene una fiel representación en aquellas salas, pertenece al mundo de lo que fué.

Caímos, no en el campo de batalla y sí en los conciliábulos cancillerescos, no tras de la brecha que abre la metralla y sí tras el franco portillo que conduce á la humillante componenda. No originó la muerte la noble espada, cara á cara y á la luz meridiana, y sí el arma corta que hierde por la espalda en los misterios de la emboscada.

Una sola firma arrancada por la fuerza irresistible de la desventura, borró para siempre de los dilatados imperios de Oriente y Occidente, los últimos restos de tierra española, quedando en la negrura de sus trazos, muerta la leyenda y en entredicho la historia. ¡Rodamos al abismo, no alcanzando á ver desde su fondo los resplandores de la altura!

Automáticamente recorrí aquellas heladas estancias, acompañándome silencioso el portero.

—¿Dónde está el cuadro de Américo conmemorativo de la apertura de la Exposición?

—Aquí, en la saleta final de la derecha.

Fuí á ella, y allí estaba cubriendo su inmenso lienzo una de las paredes. Los brillantes colores de sus tintas, alumbrados por los ardientes rayos de sol estival, evocadores de tropicales tardes, la potente exuberancia de la flora del Oriente, la majestad del trono, la variada indumentaria diplomática, la riqueza, el arte, la ciencia, la belleza, la aristocracia, el pueblo, los privilegios heredados y los derechos adquiridos, se destacan en el lienzo hábilmente agrupados, formando extraño contraste la mezcla de razas, llamando la atención la fidelidad con que supo el artista alicantino conservar en su obra el estupor de lo desconocido, reflejado en la cara de los exóticos seres venidos de lejanos mares, cubiertos de vistosas telas, y el grupo de los atléticos igorrotos dando al aire el bronceado de sus carnes y la tensión de sus acerados músculos, coronando sus frentes con brillantes y variadas plumas y dulcificando su bravía mirada al rendir al pie del trono, al par que la rodilla, las flechas y los arcos. Mucha semejanza tiene con este acatamiento el realizado por Colón y sus indios ante los Reyes Católicos después de descubrir el Nuevo Mundo; pero ¡cuán distintas son sus significaciones! El uno, es el alegre saludo del que llega; el otro, es la triste despedida del que se va.

No quise ver más; salí al pórtico, miré allá abajo donde quedaba colgado de la seca rama aquel último despojo de nuestro poderío, y sentí menos frío en mis carnes al azotarlas la nieve, que el que experimentó mi alma al recorrer aquellos tristes lugares.

J. ALVAREZ GUERRA.

## La carrera.... del matrimonio.

EN LA MUJER

Cuando principia á sentir el influjo del amor, y no sabe qué decir si le echan alguna flor;.... cuando es su vida risueña y el porvenir no la apura, y suspira cuando sueña.... lo que usted no se figura; cuando á alguien su amor espera y ella á ninguno hace caso, —entonces (¿usted se entera?)— entóces camina.... *al paso*.

Más cuando pasan aquellos años de tantos hechizos, y ya empiezan sus cabellos á necesitar postizos: cuando á Dios alza sus preces pidiendo marido á voces, y tiene ataques, y á veces los suele tener feroces.... entónces, aunque la pida en matrimonio algún zote, de fijo, no se descuida y, de fijo, marcha.... *al trote*.

Pero aún es mayor su marcha cuando el cabello blanquea, y de los años la escarcha con arte pintarrajea; cuando á solas reflexiona, y, con treinta y pico encima, observa que á su persona ¡ni un mal hortera se arrima!.... Entónces, si algún cuitado le dice cualquier cumplido, le ama tanto, que—es probado— marcha.... á *galope tendido*.

EN EL HOMBRE.

El hombre, por el contrario, de fe y de entusiasmo lleno corre tras lo extraordinario, (cuando empieza á amar) sin freno; cree en el amor ciegamente, y en la hermosura que adora y cree en él *¡eternamente!* que ya no se dice ahora: cree en las miradas que abrazan y, en fin, se vuelve de arripe:.... por eso á esta edad se casan muchos; por ir *al galope*.

Mas cuando ya va la vida perdiendo sus atractivos, y *acorta* el hombre la *brida* y no *pierde los estribos*: cuando aquel afán no tiene porque probó el desengaño, y se va poniendo el nene mas *escamatti* cada año.... entonces—(hay testimonio de lo que digo)—el más zote, camino del matrimonio marcha, cuando más, *al trote*.

Y van los años corriendo, y, olvidando sus pasiones, se va el hombre convenciendo de que ya tiene espolones. Y, aunque se vea obligado á pasar la pena negra, se acuerda de su pasado, de que una mujer trae suegra; de que son muy peligrosos ciertos saltos de *carnero*, y de unos cuantos esposos que se tiran el tintero; y, en vez de saltar el muro, que evita quizá un fracaso,

se detiene y es seguro que entónces camina *al paso*.

.....  
No he de explicar la razón; pero es una gran verdad, que el matrimonio en cuestión, es siempre cuestión de.... edad. Ella con la edad se inquieta, se apura si no se casa: él su libertad respeta más, cuanto más tiempo pasa. Él gruñon, ella de arripe caminan, según el caso, ella del *paso al galope*; él, desde el *galope al paso*.

RICARDO SEPULVEDA.

## DECADENCIA

Dice un escritor ilustre, tan brillante estilista como pensador profundo, que *Epicuro, al matar con su doctrina toda esperanza en el corazón del hombre, se alababa entre sus contemporáneos de haber roto con ella las trabas de la humanidad cautiva*.

Si tal fué la idea del filósofo griego, se engañó, pues la historia de la civilización en el mundo nos enseña que la humanidad siguió siglos y siglos sujeta á las mismas debilidades, constreñida por las mismas preocupaciones y alternados sentimientos de terror y de esperanza que inspira el tremendo *más allá*.... que hay tras los umbrales de la muerte.

Y si bien dicha filosofía epicúrea influyó poderosamente en las conciencias de algunas generaciones que proclamaban *el placer como el único bien de la humanidad*, tal filosofía pudo ser practicada únicamente por los ricos, los holgazanes y los viciosos en general; pero tuvo escasos prosélitos en las grandes masas de los desheredados de la fortuna, en los pobres y en los oprimidos, que no hallaban el apetecido lenitivo á sus tristezas ni el remedio á la abyección en que vivían, con doctrinas que no podían practicar; sus cadenas de esclavos no fueron por ella más ligeras, y los pobres y los humildes gimieron bajo el peso de la labor diaria, sin esperanza de aliviar un día la ignominia de su estado; hasta que el Cristianismo dignificó á los pobres, elevó á los humildes, y con su admirable doctrina proclamó la redentora esperanza para otra vida y la paz de ésta con las divinas palabras.... *jamaos los unos á los otros!*....

Los siglos han pasado, las generaciones se han sucedido y las ideas materialistas alcanzan hoy, en los comienzos del siglo XX, una fuerza de todo punto lamentable, y con grave riesgo de que el rebajamiento de caracteres y costumbres lleve á la catástrofe más espantosa á las naciones civilizadas; pues como dice Lacordaire con inspirada frase:

«*Quelquefois les peuples s'éteignent dans une agonie insensible, qu'ils aiment comme un repos doux et agréable; quelquefois ils périssent au milieu des fêtes, en chantant des hymnes de victoire et en s'appelant immortels.*»

De quimeras ó antiguallas de tiempos obscurantistas se motejan hoy día todas aquellas santas creencias que, fundadas en los altos sentimientos de probidad, deber, lealtad y gratitud, dignifican el alma y han sido seguro guía entre nuestros antepasados para llegar á producir aquellos hechos asombrosos, apenas concebibles hoy entre la raquíca generación actual.

Sugiérenos estas y otras desconsoladoras reflexiones, la lectura de algunos párrafos del erudito historiador de la Grecia antigua, el célebre Droysen, que en admirables páginas retrata el estado de aquel pueblo en los primeros años del siglo IV antes de Jesucristo; dice así: *Cuando Epicuro se trasladó á orillas del Pyus y abrió una de sus escuelas, el nivel moral de Grecia no podía ser más despreciable; las masas empobrecidas y sin ideas de moralidad; una juventud gastada por el trato frecuente de las cortesanas y perturbada por las nuevas filosofías; los políticos dando los más punibles ejemplos de*

venalidad y de apatía ante los males de la república; en todo y en todas las clases una agitación por los placeres, una exaltación febril por el oro y los goces que proporciona, y en todo una disolución universal, pero cubierta por los refinamientos y modas extranjeras, y en general un ansia de riquezas sólo comparable con el desvío por todo trabajo noble y elevado. He aquí el estado de Atenas y su verdadera fisonomía.

¿No parece este el retrato exacto de nuestra sociedad actual?

A dos cosas—añade el citado historiador—había verdadero temor, al fastidio, y, sobre todo, al ridículo.

De los dioses ya nadie recordaba, y en el naufragio de todo sentimiento religioso se desarrollaban con fuerzas aterradoras la superstición en unos, y en otros el indiferentismo; y si aún invocaban y presentaban ofrendas en los altares de Venus, desiertos y silenciosos dejaban los de Minerva.

Apenas una novedad cualquiera, aun las de gusto más bajo y depravado, era preconizada por los que empuñaban el cetro de la moda; de todas partes acudían á verla ó á copiarla, considerándose en ridículo los que no lo hacían, y así nobles como plebeyos, é igualmente las madres de familia que las Hetarías. La mezcla de las clases en estos asuntos y el rigor con que eran seguidos los preceptos que la moda imponía, llegaban al desenfreno.

Es decir, exactamente lo que ahora ocurre.

Y dice Droysen: *Habiéndose puesto en moda un tal Stilpon de Megara, sofista, cuyas lecciones y rasgos de ingenio eran muy celebrados*—como quien dice, algún Romero Robledo de aquellos tiempos,—*acudían á oírle en tropel todas las clases de Atenas, y particularmente algunas matronas y mujeres de personajes, mezclándose con las HETARIAS de más renombre, algo por ver y oír, pero más por ser vistas con deslumbrantes atavíos y competir con ellas y poder copiar su consumado arte de seducir á los hombres.*

Exactamente lo que sucede aquí en España, que un día supo imponer la severidad de sus costumbres á todas las cortes europeas, y donde hoy vemos acudir á nuestras linajudas Marquesas, elegantes generalas y distinguidas senadoras, codeándose con las más conocidas *Demi-mondaines*, á oír al orador de la moda en el Congreso, el predicador en el púlpito, á la *kermesse* ó función benéfica en los jardines, ó á extasiarse y copiar en lo posible las elegancias de Sarah ó de Réjane en el teatro, y de la Otero en las exhibiciones de sus deslumbrantes joyas; y no digamos para aprender de ellas sus artes de seducir, pues en esto ninguna necesita lecciones: todas son maestras.

Así vamos dejando que la frivolidad se imponga, y la decadencia será nuestro castigo.

Bien sabemos que no hay pueblo cuyas costumbres sean tan ejemplares que no ofrezcan motivos de agria censura: ni queremos endilgar aquí un sermón cuaresmal relleno de hueras lamentaciones y censuras sobre los tiempos presentes á costa de los pasados; comprendemos las exigencias de la civilización, y las necesidades de la vida moderna y las ventajas que á la sociedad reporta la templanza y transigencia en la censura, siempre que no degeneren en molición ó en corrupción verdaderamente peligrosa.

Pero cuando vemos que la educación moral de nuestro país se halla de tal modo atrasada, no sólo entre las clases inferiores, cuyo especial modo de ser y de vivir, sus modales y lenguaje poco ó nada han cambiado desde los felices tiempos de Carlos IV, con la agravante de tener menos fe y más necesidades, sino lo que es más grave, que las clases educadas ó que creen serlo adoptan por gracejo ó despreocupación costumbres propias de la *guapeza* ó del *flamenquismo*, y el soez vocabulario de las gentes de *rompe y rasga*; cuando vemos que en todas partes, aun en los recintos más dignos de respeto, á la cortesía, á la urbanidad y á la mutua consideración se les llama *convencionalismos ridículos*; cuando vemos que las repetidas torpezas de Gobiernos que no gobiernan corren parejas con la indiferencia y egoísmo de las llamadas *clases directoras* que nada dirigen, y que aquí nadie se preocupa de nada, viviendo al día ó *dejándose vivir*, como algunos dicen en el galimatías modernista, y que el único pro-

blema que interesa á las gentes es el de tener cinco duros para divertirse, sentimos que una ola de amargura nos invade, haciéndonos desesperar de que esta nación pueda alzarse de la decadencia que hoy la postura y pueda evitar peligros que la amenazan.

Aunque sea solamente por el propio egoísmo, hay que sacudir la apatía y tomar parte activa en la resolución del problema social, aportando cada uno su esfuerzo al alivio del sufrimiento humano; ningún hombre de buena voluntad debe recusarse, ni ningún consejo debe ser rechazado, venga del campo que viniere, si es útil para enjugar las lágrimas que hace siglos vierten los ojos de las clases desheredadas.

Hay que tener presente, que cerca.... muy cerca de nosotros, pero ocultos por el brillante ropaje de la civilización, viven millares de seres humanos en la obscuridad de la inteligencia y en las tristezas de la miseria: que para ellos son desconocidos infinidad de goces y venturas de las que nosotros estamos ahítos; que para ellos las alegrías más puras de nuestra vida, como son el enlace con la mujer amada, ó el nacimiento de un hijo, son causa de graves preocupaciones y de horribles ansiedades; que su situación se agrava de día en día, prendiendo en sus corazones rescoldos de odio y fermentos de venganza, al ver que, formando ellos parte también de la humanidad, sólo tienen de común con nosotros aquellas dos únicas verdades de la raza humana: el nacimiento y la muerte.

Hay que estudiar pronto y llevar á la práctica el mejoramiento de toda una clase que protesta y se revuelve airada contra la explotación de unos y la indiferencia de otros; que no se paga ya de fórmulas artificiosas ni de promesas, casi siempre incumplidas, y que aspira ya, apoyada en la poderosa fuerza del número, á imponer su voluntad de una manera perentoria.

Una legislación social, en la cual el obrero encuentre amparo á sus derechos; una legalidad jurídica que pueda prevenir y dirimir sin los conflictos casi siempre sangrientos de las huelgas, y una serie de reformas que, regulando los derechos y deberes recíprocos entre obreros y patronos, evitaría luchas entre el capital y el trabajo, serían las medidas más eficaces dentro del Estado moderno para impedir que socialistas y anarquistas encontrasen terreno propicio para sus semillas, y que el obrero se atuviese á la realidad, desechando las utópicas teorías sobre la comunalidad de bienes.

El obrero, el mísero trabajador agrícola y cuantos dependen del jornal, tienen derecho al amparo y protección de los Gobiernos, antes que con las armas de la desesperación les recuerden que Cristo rompió las cadenas de toda esclavitud.

Hay que acudir, por lo tanto, pronto, muy pronto con el remedio, antes que los sacudimientos brutales de los hechos, como recientemente en Barcelona, nos hagan conocer demasiado tarde por sus intensas llamaradas el fuego devorador que abriga descuidada en su seno la sociedad moderna.

No desconocemos los lamentables trabajos de unos cuantos, muy pocos, por desgracia, que con generoso aliento estudian y discuten los graves problemas del día en las cátedras de Ateneos y Sociedades, en el libro, en la revista y en el diario, dando ejemplo meritorio á toda la juventud y formando honroso contraste con aquellos que por su insubstancialidad ó desenfreno son las *hojas secas* de que habla la Escritura Santa.

Pero esto no es bastante aun dentro de lo que representa su digno esfuerzo. Es necesario que una labor incansante, una activa propaganda de todos los días haga penetrar en la masa social el convencimiento de los peligros á que estamos abocados.

Si, por el contrario, continuamos como hasta aquí, encogiéndonos de hombros ante los relámpagos precursoros de una horrible tormenta, y á nuestros labios sólo asoma la irónica sonrisa del satisfecho, teniendo aún por lema el escepticismo *laissez faire, laissez passer*, que tantos males ha causado, no tendremos derecho á quejarnos de que Gobiernos torpes y desatentados, ó nulidades encaramadas sobre nuestra pasividad é indiferencia, nos lleven á otra catástrofe seguramente más dolorosa y más sangrienta, ó nos arrojen vergonzosa-

mente á las plantas de cualquier ridículo dictador equiparándonos á la más ínfima y desacreditada república sud-americana.

La amenaza que sobre nosotros pesa por alguna nación ambiciosa y poco escrupulosa en respetar el derecho de gentes, es terrible, y basta leer el *Daily Telegraph* y otros periódicos ingleses para comprender que hoy, si conservamos nuestra integridad peninsular se lo debemos á nuestra posición geográfica, y á los celos y rivalidades entre las grandes potencias, no á las *habilidades* de nuestros diplomáticos, ni mucho menos al respeto que hoy se guarda en el mundo á la nación que puede disponer de muchos miles de hombres y muchos cientos de cañones.

¡Quiera Dios librarnos de un día desventurado en que por las torpezas de nuestros hombres políticos nos veamos envueltos en una conflagración europea, solos y abandonados á nuestras débiles fuerzas.

Si tal día llegase, si bajo el pretexto de que el estado de perturbación en que nos hallábamos sumidos, tanto por los atrevimientos de los de abajo, que parece nos han escogido para ensayar el poderío de sus fuerzas, como por la indiferencia y flojedad de los de arriba, que no les opusieron el dique de las justas concesiones y del respeto á la ley, convinieran las demás naciones que éramos un verdadero peligro para su tranquilidad.... ¡Ah!.... entonces, al sentir retemblar nuestro suelo bajo el zapatón del soldado inglés ó alemán, la vergüenza nos haría verter llanto de fuego que escaldase nuestras mejillas, dando lugar á que alguna nueva Aixa como la de Granada nos repitiera aquellas célebres palabras: *¡Bien hacéis en llorar como débiles mujeres sobre lo que no supisteis defender como hombres!*

LUIS DE CUERO PITA PIZARRO.

Marzo de 1902.

## A mi queridísima hija Rosario.

### SONETOS

#### I

Yo te he visto morir. ¡Pobre hija mía!  
¡Terrible enfermedad te ha consumido!  
La ciencia... vana ciencia, no ha podido  
embotar la guadaña que te hería.

La fiebre entre sus garras te oprimía,  
como oprime á su presa el mar temido,  
la abandona, después que se ha extinguido  
el fúnebre estertor de su agonía.

Cuando el alma sus lazos desataba,  
la tierra, como el aire, el agua, el fuego,  
de la muerte una parte reclamaba,  
insensible, cruel, sorda á mi ruego.  
¡Ay! Yo sólo sin mi hija me quedaba,  
y con ella enterrado mi sosiego.

#### II

¿Por qué, como otras veces no te veo,  
endulzando mis horas de amargura?  
¿Qué ha sido de tu espléndida hermosura,  
que fué, mientras viviste, mi recreo?

Si mi horrible pesar no es devaneo,  
ni delirio de ardiente calentura,  
un sitio buscaré en tu sepultura,  
que enterrarme contigo es mi deseo.

Tú, muerte ¿la has matado y no me matas?  
Desnuda tu segur, hiere, no dudes.  
Las que viva, han de ser horas ingratas,  
dudando de la fe y de sus virtudes.  
¿De qué sirven creederas mentecatas,  
si no logran calmar mis inquietudes?

JOSÉ M.<sup>a</sup> NOGUÉS.

### NECROLOGÍA

#### DE

Don Manuel Silvela y de Le-Vielleuze

ACADÉMICO DE NÚMERO

#### III

Las diversas soluciones monárquicas traídas en cartera á la Revolución por algunas de las

agrupaciones coligadas, habían fracasado; la restauración borbónica parecía desahuciada desde que Prim disipó, con sus famosos *jamases*, las dudas alimentadas por prolongadas reservas sobre sus preferencias íntimas, y surgió como fórmula nueva el atrevido intento de la dinastía Hohenzollern, que tuvo por principales partidarios en el Gobierno y alta dirección de los negocios á Prim y á Silvela; pero con muy distinta apreciación de sus condiciones en el ánimo de aquellos dos hombres, unidos entonces por una estrecha confianza: quería Prim llevar á término la elección de acuerdo ó con el asentimiento previo de Napoleón III, y esto lo estimaba Silvela imposible, y descontando por segura la guerra, penetrado de que la deseaba Bismarck de todas suertes, y estaba decidido á emprenderla, aspiraba á comprometerlos en ella, para ser, como él le decía al Conde de Reus, «accionistas de una segura victoria», y renovar la feliz jugada de Italia con Prusia contra el Austria, aun en el probable caso de algún contratiempo en la línea del Ebro ó tal cual descalabro en el Mediterráneo, semejantes á los de Custozza y Lisa. Más conocedor que Prim del verdadero estado de Francia, juzgaba como dato seguro la superioridad militar de los prusianos, acreditada en Sadowa, que unida á nuestra acción por la frontera del Sur, haría indudable el rápido vencimiento de la Francia, cierto como creía estarlo, de la impasibilidad del resto de Europa ante el choque en el Rin y en los Pirineos; detrás de esa derrota de nuestros vecinos veía desenvolverse la suspendida historia de la España europea, rehacerse nuestros recursos con cuantiosa indemnización de guerra, asegurarse el imperio colonial y consolidarse la unidad de la Patria mediante el poderoso fundente del buen suceso. El General Prim, después de las entrevistas con Napoleón y alguno de sus Ministros en Vichy y en París, adonde le acompañó Silvela, no se atrevió á tanto; él creía en la victoria de Francia, en el irresistible empuje de aquellos zuavos que había admirado en Crimea; no estimaba prudente, ni aun posible, comprometer á la Revolución en aquella aventura, no juzgaba la causa bastante popular para no despertar grandes resistencias en nuestros partidos, y quizá guerra civil y deshecha anarquía dentro de nuestras fronteras, y mantuvo su resolución de eludir el conflicto tan pronto como se convenció era la candidatura alemana *casus belli* para el Imperio francés. Tal fué el sentido y el fin de aquella candidatura.

No tengo por qué formular aquí juicios, ni apreciar aciertos ó errores; relato hechos y revelo confidencias en aquello que no puede ya herir á nada ni á nadie, y sí dar alguna luz sobre la vida y los pensamientos de nuestro compañero.

Cuando el Ministro de Estado se vió vencido y dejó poco después, por otras causas aparentes, el Ministerio, y la guerra franco-prusiana le dió tan cumplida razón en sus pronósticos y en lo que él estimaba seguros beneficios para su Patria y su nombre, sintió en sí lo que se siente cuando una idea, una afición, una gloria que se tenían por ciertas y seguras se desvanecen, algo como la muerte de lo máspreciado de nuestro ser, y desde entonces, aunque todavía tuvo ocasión de mostrar su personalidad y ejercitar sus facultades en bien de su país, fué otro hombre; malograda la más grande ocasión de fortuna que por algún tiempo había soñado y cada día más seguro de su acierto, muchas veces le oí lamentar con honda tristeza su desgracia, y miraba como indiferente y mezquino cuanto podía hacer en el resto de su vida; pero guardó rigurosamente su secreto, resistiendo con honrada energía los estímulos del amor propio para publicar lo que él juzgaba su previsión, pues perdido aquel lance, no quería contribuir á despertar en Francia desconfianzas ni rencores contra nosotros, en momentos en que la susceptibilidad de nuestros vecinos se mostraba tan exagerada y exquisita; y doce años después, en un juicio crítico de la Restauración aconsejaba la política de neutralidad y de absoluta reserva, y recordando siempre en su interior aquella ocasión única malograda, escribía con sencilla amargura que «España debería decir por mucho tiempo

»lo que el jugador de tresillo á quien la suerte no le depara estuches: *paso*.»

Aún consiguió en el Parlamento de la Revolución y en los que le siguieron grandes aplausos. En la empeñada discusión de la ley de bonos del Tesoro, cuando se rompió la alianza entre radicales y conservadores, él fué el encargado de llevar la voz de los antiguos unionistas en la memorable noche de San José, en la que tres votos de mayoría, obtenidos por D. Juan Prim, evitaron quizá algún golpe de fuerza contra la Asamblea, preparado en todos sus detalles de ejecución para el caso probable de una derrota del Gobierno; y ya en sus últimos tiempos, pronunció una culta y erudita oración contra el Jurado, que puede pasar como modelo de bien difícil imitación en su género; é hizo en otro discurso, tan sentido y elocuente trazado de la situación de la antigua Carcel del Saladero, y del que allí se llamaba patio de los Micos, que provocó la inmediata presentación del proyecto de ley merced al cual se construyó la prisión celular de la Moncloa.

FRANCISCO SILVELA.

## A CAROLINA

Carolina, á tí me inclinas  
por tu gracia y tu buen trato,  
que vale tu rostro grato  
por cien islas Carolinas.

Versos para tu abanico  
exígeme con donaire,  
y aunque se los lleve el aire  
estos doce te dedico.

En ellos mi firma incluyo;  
pero sabe, y no te asombre  
que es porque vaya mi nombre  
unido á la par del tuyo.

ENRIQUE PRÍNCIPE Y SATORRES.

## Capilla ardiente, coronas fúnebres y Directores espirituales.

*Pompa mortis magis terret quam  
mors ipsa.*

Tres cosas que nos ha traído, aunque parezca mentira, el art. II de la Constitución. Porque yo, á título de escribir en GENTE VIEJA, recuerdo perfectamente que, hasta 1868, las papeletas mortuorias del antiguo Diario, que por cierto sólo costaban tres duros, venían lisas y morondas, con una sencilla cruz, y sin indicar, y no ciertamente por menosprecio de prácticas religiosas, ni una sola de las innumerables cosas que ahora se indican. El director espiritual, la corona fúnebre y el capellán de la casa (á no tratarse de un Grande de España) eran cosas enteramente desconocidas. Hoy, ¡Dios sea bendito!, es tanta la religiosidad de todas las familias, que por modesta que sea la posición del difunto no puede faltar la capilla ardiente, que á pesar de llamarse así no se quema; el director espiritual, que suele ser el teniente de la parroquia que administró al desconocido enfermo la Extremaunción cuando ya no estaba él para que nadie le dirigiera, y las Misas en el mezquino gabinete, aunque el difunto no se hubiera cuidado de oirlas en vida.

Y yo, como San Pablo, me atrevo á preguntar ante estos alardes de religiosidad modernista: ¿*Laudo vos?*; y responder también: *In hoc non laudo*. Ciertamente que en algunas familias estos alardes de piedad ostensible tendrán un objeto laudable: demostrar que son fervientes católicos; pero ¡ay! en la mayor parte de los casos sólo significan un alarde de mundana vanidad. No es ya, por desgracia, en la mayoría de las familias españolas el confesor parte integrante de ellas, ordinariamente se muda de confesor como de alcalde de barrio, cuando se muda de casa; y siendo esto así, nada más ridículo que hacer alarde

de ese director espiritual en el entierro. En la época de nuestro siglo de oro se encuentran á cada paso alusiones al confesor como si se tratase de un verdadero mentor. Moreto hace decir á Jusepa, á quien se encomienda llevar una mala nueva, en *La confusión de un jardín*:

«Vayan á su confesor,  
que es quien estas cosas lleva;»

y en otra parte, entre los informes que se piden de una dama dice, creo que también Moreto:

„y con quien se ha confesado  
de dos años á esta parte.»

¡Vaya usted á averiguar, en este siglo de gracia y de directores espirituales, con quién se ha confesado una muchacha! Todavía en principios del siglo nuestro, es decir, del siglo de GENTE VIEJA, pudo decir D. Antonio Flores que el confesor disimulaba con su buen apetito el ahumado de la sopa de almendra en la colación de Navidad. Hoy, si en alguna casa de la Grandeza se tiene Misa del Gallo..... y cena....., á buen seguro que el pobre Sacerdote que celebra ante escotadas damas y rodeado de los regalos del cotillón se siente luego á la mesa, y menos para dar su opinión sobre la sopa de almendra. Como que tiene que decir aún otra Misa, por lo menos, habiendo empezado por la de la noche, cosa que sabían perfectamente los que convidaban al confesor en 1800, y que hoy de fijo ignoran los que tienen Misa á las doce de la noche y baile hasta la madrugada.

Porque otra prueba de la religiosidad moderna es esa: hacer entrar las ceremonias religiosas en las profanas; y no hay reunión de Navidad sin Misa del Gallo «en el artístico oratorio de la duquesa de.....», ni revista sin Misa de campaña, y en las ferias de Colindres ó de Villa-Chica se anuncia el Santo Sacrificio al aire libre como parte integrante de los festejos. Yo respeto mucho la autoridad eclesiástica, pero hay condescendencias que no me las explico.

Ignoro los requisitos que se necesitan para celebrar Misas en cualquier mezquino gabinete; pero sé que para la gracia de oratorio privado se exige Breve pontificio, licencia y visita del Ordinario; y no me explico que habiendo fallecido al anochecer el respetable presidente de un gremio cualquiera, de esos que antes se llamaban *menestrales*, venga por la noche en todos los diarios suntuosa papeleta, anunciando que: «desde las seis de la mañana se celebrarán Misas en la capilla ardiente, porque eso de la capilla ardiente, que han importado las funerarias, funerales, funebriades y demás negocios mortuorios (porque de los muertos viven, que dijo Serra), es otra de las cosas indispensables en todo muerto que se estima.

Antiguamente se moría de un modo menos mundano, y probablemente más cristiano; eso de las coronas que hoy lleva cualquier difunto se creía reservado á las eminencias del arte ó de la literatura, con exclusión de toda otra: ni he podido nunca averiguar qué relación hay entre las virtudes cívicas de un tabernero y una corona de rosas de te. Menos mal me parece en los niños, con tal que se suprima en los anuncios de su defunción eso del desconsuelo de los padres..... ¡porque su hijo ha subido al Cielo!, porque se me figura una blasfemia.

De todos modos, y á pesar de lo dicho, encuentro preferible nuestro sistema de anuncios mortuorios al usado en Francia. Aquella interminable lista de nombres con que empiezan, y aquella serie de: *leur père, mère, fils, oncles, cousins, etc.*, me parece insoportable y algo así como una lección del Ollendorff.

Yo ya lo tengo pensado; como aquí hacen todos aquellos que, deseando que les pongan coronas, porque eso viste mucho, están seguros de que no se las pondrán, voy á prohibir que me las pongan. Así todos quedamos iguales; porque sino las llevo, no pensarán que no las merecía, sino que lo he prohibido: si esto no es *curarse en salud*, de un homenaje póstumo, no sé á que se dará este nombre.

Y es que la muerte es una cosa tan incomprendible, que no sabe uno cómo acertar. Ya lo dijo Shakspeare, es: ¡no dormir, como ha dicho

un modernista que dijo el poeta de Straford, sino soñar!!

«¡To sleep.... perchance to dream!!»

ó como decía el incomparable Rossi:  
¡Sognare, forse!

FÉLIX DÍAZ GALLO.

## AL TEIDE

Te miro al fin, un tanto desceñido  
de tu constante velo:  
atalaya marcial nunca dormido  
entre el mundo y el cielo;  
de los montes orgullo,  
magnífico señor, á quien tributa  
la ola y el viento su eternal murmullo,  
salpicando de perlas y corales  
tu beldad impoluta  
tus nieves inmortales:  
microfante de piedra, alzas tu mano,  
ardiente en llama el seno,  
entre el fragor del huracán y el trueno  
á bendecir el fervido Oceano.

Oh Teide, al fin te miro  
y de ti en pos escápase el suspiro.  
¿Adónde, adónde estabas  
cuando el mundo en embrión se revolvió  
en plutónicas lavas,  
cuando erraban las conchas en tu seno  
y nadaban las cumbres, bien ajeno  
de tu imprevisto oriente ó tu agonía?

Tiende la noche su cerúleo manto:  
ingente caravana las estrellas  
sus órbitas fatigan, áureas huellas  
de sí dejan en tanto:  
y entre el rumor del apacible viento,  
cual la voz de los siglos  
así, oh Teide, hasta mí llega tu acento.

«Yo vi, yo vi las aguas  
de la tierra apartarse y el Divino  
Espíritu flotante sobre el caos,  
y de la Nada esposo  
por la senda del ser abrir camino:  
vi el rayo luminoso  
en la primer mañana de la vida  
y descender al piélago profundo  
el cadáver de un mundo:  
y del naufragio vencedor escollo  
este fuego vital que en mí se anida,  
¿qué es más, sino latente  
el corazón de Atlántida dormida?  
alcé la enhiesta frente  
sobre el diluvio: el tiempo urde su trama  
á mis pies silenciosos:  
fulguran entre hermanos, los aceros  
y protestó mi llama;  
vi tropel de peones y guerreros  
á la atónita Europa sojuzgando  
y de Barbate en la candente arena  
triunfar el fiero bando  
de la gente agarena:  
tras noche cimberiana  
y tenebroso mar y honda pavora,  
vi de Colón la mente soberana  
cual vidente profeta  
navegando la estéril aventura  
de integrar el planeta:  
y al duro mercaderante  
tras el fulgor fantástico del oro,  
en los hombros de Atlante  
perseguir el recóndito tesoro.  
Y vi también la nave maldecida  
del cautivo Titán de Santa Helena,  
cual veré la caída  
del que labró su bárbara cadena.

¿No oís? El viento zumba  
como en las rotas cuerdas de una lira  
y del fiero aborigen en la tumba  
tristemente suspira,  
y cuenta en la penumbra legendaria  
escudero leal, vetusto drago  
al extender su sombra milenaria  
de la edad y los hombres el estrago;

No dijo más; y la redonda luna  
alzóse tras el monte  
como un sueño de amor y de fortuna  
del alma en el vastísimo horizonte.

Oh soberbia pirámide: dichosa  
porque el dolor humano  
para ti es un arcano  
y fermentado amor, calumnia aleve,  
látigo vil de pérfido tirano  
pasan sin duelo en tu cendal de nieve:  
empero hay semejanza  
con tu inviolado centro de granito  
y un triste corazón al bien proscrito  
y á la ventura esquivo y la esperanza;  
cual tú en el alma llevo  
la noche del Erebo:  
como á ti la que empiezo  
nieve á cubrir tu cumbre  
blanqueará mi cabeza;

y como tú desconocida lumbre  
en mis entrañas celo  
que á más alto destino  
pujante guía el rumbo peregrino  
cual tú nací para mirar al cielo.

MIGUEL SÁNCHEZ PESQUERA.

## UNA CACERÍA DE CARLOS IV

### II

Pocos momentos después corría con rapidez por el Real Sitio la noticia de la extraña y famosa cacería que se preparaba para el día siguiente.

El Mayordomo mayor recibió orden de convidar á los Embajadores que habían acompañado á la Corte, y la Reina invitó á todas sus damas.

En aquella cacería, el Montero mayor debía ceder su puesto al Conde de Colomera; así es que éste fué el encargado de ello, hasta de sus más pequeños detalles.

A la mañana siguiente, y á consecuencia de las órdenes dadas por el Conde de Colomera, los cadetes del Colegio de Artillería de Segovia, á las seis de la mañana, salían del Colegio con la música á la cabeza, vestidos de toda gala y llevando entre sus filas la batería de instrucción.

Toda la población se había agolpado en masa en el llano, fuera de las murallas, camino de La Granja y de Madrid, desde donde podían seguir con la vista toda la cacería del Rey, cuya batida había comenzado desde el palacio de San Ildefonso.

Dos batallones de guardias españolas y walonas formaban al Este y al Mediodía un semicírculo de un radio inmenso. Al Oeste y á la otra parte del camino un regimiento de infantería y tres escuadrones de caballería presentaban una línea recta muy apiñada que figuraban la cuerda del arco descrito por la infantería de la guardia, que acercándose poco á poco estrechaba á cada instante el espacio, en el que una increíble multitud de gamos, ciervos, venados, paletos y jabalíes espantados corrían y se cruzaban en todas direcciones.

Pronto, acosados por los ojeadores, se les vió tratar de ensayar romper la línea de los sitiadores, lanzándose en masa sobre un mismo punto; empero un fuego graneado de fusilería, con pólvora sola, los rechazaba al centro, y el terror les obligaba á seguir el impulso general que se les había dado.

Después de vacilar mucho tiempo y de husmear los vientos, no encontrando salida, no esperando salvarse sino en el estrecho pasaje que se encontraba delante de ellos, se enfilaron allí al fin á millares y desembocaron en la llanura. Algunos debieron entonces su vida á la ligereza de sus pies; otros, en su mayor número, se fiaron en vano en ello. Los fuegos cruzados de las cuatro piezas, cargadas de metralla, dirigidas y servidas por los cadetes, sembraron bien pronto el suelo con sus palpitantes miembros; la carnicería cubría una gran extensión de terreno, habiendo muchos de aquellos pobres animales, heridos mortalmente, conservado la fuerza de arrastrarse todavía para ir á expirar fuera, lejos de aquel sitio.

El Rey estaba radiante de alegría, y lo mismo María Luisa; el pueblo y los cortesanos aplaudían aquel nuevo sistema de caza.

Dos horas y media duró el fuego.

El Rey y el Infante Don Antonio dispusieron que se contasen las reses; habían muerto 1.715.

Termidada la cacería y replegados en el llano los cadetes con sus piezas, empezó el ejercicio, dirigido por los profesores del Colegio, llevando la voz de mando el Conde de Colomera, como Inspector general del arma de Artillería.

Complacidos quedaron el Rey y la Reina al ver la apostura de los jóvenes cadetes, la precisión de sus tiros, y felicitó al Director por la brillante organización de aquel plantel de Oficiales que había de ser con el tiempo la honra y prez del Ejército.

El caballo que llevaba el Rey, de la casta de Aranjuez, se estremecía á cada disparo de cañón; así es que, echando pie á tierra Carlos IV, se dirigió hacia una tienda de campaña que había hecho levantar el Mayordomo mayor con objeto de que después de terminada la cacería y el simulacro almorzaran SS. MM.

Al acercarse el Rey á la tienda vió gran número de cortesanos reunirse sobre el mismo punto, como para ocultarle un espectáculo que pudiera serle desagradable, y detrás de aquel grupo varios soldados de artillería haciendo esfuerzos para arrastrar tras sí una cosa, cuyo peso parecía considerable.

El Rey apresuró el paso, y acercándose al grupo preguntó:

—¿Qué es eso? ¿Qué sucede?

Inmediatamente separóse la multitud por respeto, y adelantándose siempre el Rey, se encontró muy cerca de un borrico llevando unas largas aguaderas en forma de alforjas, que se usan en esa provincia, cuyos dos lados iguales se sostienen en equilibrio sin necesidad de atarlos. Como los soldados tiraban con violencia del animal para alejarlo de allí, éste se resistía con más terquedad y mayor obstinación, con el pescuezo extendido y formando con las manos un arco.

A cada descarga de cañón sacudía varios pares de coces y se desembarazaba de parte de su carga, que desde las aguaderas caía al suelo.

Un pobre aldeano, á pesar de los insultos de los soldados y de las injurias de los señores, recogía con no poco trabajo del suelo é iba amontonando en su montera lo que caía.

—¿Qué estás haciendo ahí?—le dijo el Rey.

—Señor—respondió el arriero—estoy recogiendo como puedo mis chorizos, que este maldito animal va tirando por el suelo; y se obstinan estos señores en im pedirle que camine como él quiere.

—¡Cómo chorizos!—dijo el Rey con un aire más satisfecho que sorprendido.

Forastero en Segovia el arriero, que una pura casualidad había colocado cerca de Carlos IV, y cuya alta jerarquía no podía sospechar por lo sencillo del traje del Rey, pues vestía casaca gris sin bordados ni distinción de ninguna clase, se apresuró el arriero á explicarle lo que eran chorizos.

—Ya sé lo que son chorizos,—dijo el Rey,—yo los como también. ¿De dónde son los que tú traes?

—Legítimos, Señor, y de los más ricos de Extremadura.

—Cuidado,—replicó el Rey,—que hay aquí personas muy inteligentes; y si no, que lo digan Antonio y Manuel.

El Infante Don Antonio, que estaba al lado del Rey, lanzó una estrepitosa carcajada al oír aquella chanza alusiva á Godoy, á quien el pueblo llamaba por mote el choricero. El Rey mandó que los soldados soltasen el asno, y libre de aquella contrariedad y habiendo cesado el fuego de artillería, el rucio se quedó quieto y tranquilo.

—¿Conque dices que tus chorizos son de los más ricos de Extremadura? Ganas me están dando de ver si son legítimos, como dicen en Castilla.

—En cuanto á legítimos—replicó el arriero, apresurándose á enseñar uno de los más gordos,—si Su Señoría es, en efecto, inteligente, podrá juzgarlo.... Son legítimos, sí señor, legítimos de Candelario.

—Veamos—dijo el Rey cogiendo el chorizo que le daba el arriero;—¿pero se necesitará fuego?

Un buen castellano nunca anda sin piedra, eslabón y yesca, y apenas el Rey había expresado su deseo, cuando revolotearon chispas por todas partes á su alrededor.

El arriero reunió hojas secas y pedacitos de rama, y no tardó en arder un brillante fuego á sus pies.

Mientras que el arriero le atizaba, el Rey llamó á un cadete, y tomándole la tercerola sacó la baqueta, pinchó en ella el chorizo y lo puso al fuego, asándolo él mismo.

El Mayordomo mayor y el Sumiller de corps, advertidos de que el Rey se había aproximado á la tienda de campaña, acudieron para colocarse cerca de su Real persona para servirle. Grande fué su asombro al aspecto de aquel campestre almuerzo improvisado por Su Majestad, desdeñando los delicados manjares que con tanto cuidado se habían hecho traer por los jefes de la cocina y repostería para la caza.

Asado y ya en su punto el chorizo, el Rey pidió pan. Repitió el Mayordomo mayor la orden al gentil-hombre de entrada y éste la llevó rápidamente á la tienda.

Inmediatamente salió de ella un gentilhombre de boca que aproximándose al Rey, y doblando una rodilla en tierra, le presentó en un plato de plata un panecillo entre dos servilletas.

Puede figurarse cualquiera el extraordinario asombro del pobre arriero: arrojóse al suelo, doblando ambas rodillas, y con las manos juntas en ademán suplicante miraba al Rey, como para implorar el perdón de su temeridad y de haber hablado con tanta familiaridad á su Soberano.

El Rey Carlos IV, sin reparar en la acción de aquel buen hombre, despachó su chorizo.

— De beber—dijo al Mayordomo mayor:—la orden fué transmitida y trajeron una botella de agua helada, única bebida que usaba Carlos IV y que otro gentilhombre de boca le sirvió en la misma postura, con una rodilla en tierra. En esta posición mantuvo el plato debajo del vaso mientras el Rey bebía.

S. M. pidió un segundo chorizo; la sorpresa del arriero llegó hasta lo infinito, la petición se dirigía á él.

Hizo la señal de la cruz para expresar su asombro, y permaneció algún tiempo inmóvil con la boca abierta y los ojos espantados y casi en blanco, pareciendo decir con esta pantomima: ¡Señor, uno solo de estos chorizos basta para la comida de dos personas!

El Rey reiteró, sin embargo, la orden, y el arriero volvió á tomar con gran contento su servicio al lado de Su Majestad, hojeando de nuevo la aguadera del burro, que continuaba mirando aquella escena con una profunda indiferencia. El arriero satisfizo el nuevo capricho de su amo, entregándole otro chorizo.

Seis pruebas iguales se renovaron sucesivamente, y en todas ellas vió el arriero comenzar de nuevo la doble ceremonia con genuflexión, panecillo y agua helada, única bebida del Rey y de la Reina en todas las estaciones del año.

Convencido al fin el Rey de la legitimidad de los chorizos, los alabó mucho; y haciendo una señal, le trajeron agua para lavarse las manos, que los grandes de la servidumbre se apresuraron á servirle con el mismo ceremonial y etiqueta como si estuviera en la Cámara Real.

Carlos IV era un hombre voraz por la comida. Debía su excelente constitución y extraordinario apetito al ejercicio de la caza, y quedó muy contento en aquella ocasión de haberlo podido satisfacer á su sabor con un alimento más succulento y substancial que los fiambres, bizcochos, merengues y dulces que tenía preparados la repostería Real.

—¿Cómo te llamas?—preguntó al arriero el Rey después de haberse enjugado las manos con una toalla.

— Señor, me llamo el tío Rico y vivo en Candelario.

—Pues bien, tío Rico, ahí tienes esas seis onzas por el placer que me han causado tus chorizos, que declaro son de lo mejor que he comido, y además te nombro mi proveedor de Cámara.

Desde aquella época los Ricos de Candelario han venido siendo los proveedores de la Real casa, y hoy ostentan el escudo de la Casa Real en su tienda de los portales de la calle de Toledo.

El Rey, pocos momentos después, dió la orden de regresar al Palacio de San Ildefonso, y por el camino dijo á la Reina y á Godoy que marchaban á su lado:

— Pocos días tan felices he tenido como el de hoy: he hecho una cacería como no ha habido ejemplo, y un almuerzo completamente á mi gusto, y librado á los labradores de la plaga que destruía sus sembrados.

Goya, el famoso pintor, ha legado á la posteridad el retrato del famoso choricero el tío Rico, en uno de los magníficos tapices que adornan los suntuosos salones del Escorial, una de las maravillas del mundo y que con asombro visita el extranjero.

EL CONDE DE FABRAQUER.

## BIBLIOGRAFÍA

Cánovas del Castillo: Juicio que mereció á sus contemporáneos.—Tal es el título del libro que su hermano D. Emilio ha formado, recopilando gran parte

de lo mucho escrito y publicado con motivo de la muerte del inolvidable estadista.

Quizá el mayor homenaje que se pudiera ofrecer á la memoria del gran republico lo forma esa recopilación curiosísima, en cuyas páginas se observa un hecho que sanciona la grandeza del patricio á quien se dedica; este hecho consiste en la unanimidad del elogio, ya provenga de los partidos más reaccionarios, ya de los más avanzados en ideas. Obra tan notable servirá también de ayuda á los que en la historia traten de reflejar su época y llevar al ánimo, de los que á Cánovas no alcanzaron, el conocimiento perfecto de su influencia en los destinos de España.

Y al tratar de tan grande hombre y de libro tan importante, una idea, mejor dicho una duda, ha surgido en nuestro cerebro. ¿Cómo habiéndose tratado de perpetuar la memoria del que tantos servicios prestó á su Patria, con un Título de Castilla unido á la Grandeza de España, este Título y esta Grandeza han pasado á la familia de la señora de Cánovas y no á los herederos del hombre ilustre á quien se quería honrar?

Se nos dirá que por efecto de los términos en que se redactó el Decreto de concesión, y ante tal argumento habrá que enmudecer, sin duda alguna; el Decreto fecha 4 de Septiembre de 1897 concede dicha merced «á Doña Joaquina de Osma y Zavala para sí y sus sucesores, autorizándola para designar éste, si lo estimase conveniente.»

No hay cuestión pues: los sucesores de Doña Joaquina de Osma no son los de Cánovas; los sucesores de Cánovas sólo podrían ostentar el glorioso timbre si Doña Joaquina de Osma los eligiere para sucederla.

Pero este extraño procedimiento ¿ha sido práctica jamás en este género de mercedes? ¿No se han ceñido siempre las sucesiones de los Títulos á las leyes que informaban los mayorazgos? ¿No tenían éstos, generalmente, por objeto, perpetuar el apellido del fundador, hasta el punto de que al crearlos se establecía la cláusula de prelación de apellido y armas? Verdad es que existieron mayorazgos creados precisamente para las hembras, pero esto lo hicieron sólo aquellas casas cuyos bienes y Títulos eran tantos que, amén de la sucesión masculina, querían beneficiar á la femenina; pero tratar de que se perpetúe un nombre glorioso, tan glorioso que al Título nobiliario se le da el nombre mismo del causante, y *à priori* desviar aquel alto honor llevándolo á ajena familia (que por su gran altura tampoco lo necesitaba), y existiendo sucesores directos del ilustre prócer que se quiso honrar, es una *cogida* cancelesca que sólo puede ocurrir en estos tiempos de ligereza y de ignorancia.

Honrarse debió en la altísima personalidad de Doña Joaquina de Osma, digna esposa de D. Antonio Cánovas del Castillo, la memoria de su esposo. La primer Duquesa debió ser ella; pero como no se trataba de perpetuar la memoria ni el apellido de ella, sino el de su marido, al desaparecer ella, sin descendientes directos, á los representantes del apellido que se quería perpetuar debía llevarse el timbre hidalgo creado para perpetuarlo. Este ha sido siempre el criterio que ha presidido á la concesión de dignidades nobiliarias, y esto es lo que dictan la lógica y la razón.

\* \* \*

¿Qué es el arte? Por el Conde León Tolstoy.—Este extraño libro, admirablemente traducido por Riera y publicado por la casa editorial Maucci, de Barcelona, servirá, seguramente, para que los modernos *eruditos á la violeta* nos abrumen cantando una vez más las profundísimas especulaciones de Tolstoy.

Bien del arte merecen sus diatribas contra los modernistas; no nos faltará ocasión de utilizar sus observaciones para hacer ver los plagios en que incurren aquellos que en España (son pocos, felizmente) se han dedicado al modernismo; pero el mismo Tolstoy, que los tritura, incurre en otra suerte de modernismo anacorético socialista (perdonad la frase) que vuelve del revés cuantas ideas han predominado desde hace siglos sobre el arte y hacen presentir un mañana triste y sombrío para la inteligencia. Vayan unos cuantos ejemplos.

“Dante—dice—ha sido considerado como un gran

poeta; Rafael como un gran pintor, y nuestros críticos continúan, no solamente teniendo á esos artistas por grandes, sino que tienen sus obras por admirables.... Pero he aquí que bajo la influencia de la crítica mentirosa que exalta á Shakespeare, á los trágicos griegos, á Dante, á Tasso, á Milton, á Goethe, vemos á hombres de talento ocuparse en componer obras en conformidad con sus teorías,” etc.

“Esto se lo debemos á los críticos que continúan elogiando ciegamente las obras rudimentarias y frecuentemente huecas de sentido de Sófocles, Eurípides y Aristófanes, así como también la obra de Dante, Tasso, Milton, Shakespeare, la obra entera de Miguel Angel (comprendiendo en ella su absurdo *Juicio final*), toda la obra de Back y toda la de Beethoven, sin exceptuar su último período.” (Páginas 138 y 140.)

Tolstoy cree que no hay más arte que el basado en la conciencia religiosa (pág. 182); que sobre su fundamento debemos evaluar todas las manifestaciones de nuestra vida; y entre ellas nuestro arte (pág. 186); que la única materia de arte cristiano debe ser la formada por todos los sentimientos que realizan la unión de los hombres con Dios y entre sí mismos (pág. 190); que por consecuencia, sólo en el arte moderno indicaría como obras modelos *Los Miserables*, de Víctor Hugo, las novelas de Dickens, *La cabaña del tío Tom* y *La casa de los muertos*, de Dostoievski (pág. 192); que como modelos de segunda forma (esto es, no religiosos, sino accesibles á todos los hombres) pueden citarse *Don Quijote* (es la única obra española que nombra, y ni aun se digna estampar el nombre del autor), las comedias de Molière, algunas de Maupassant y las novelas de Dumas (padre) (pág. 194), pero que todas ellas no podrían sostener comparación con las obras maestras del arte universal de otro tiempo, como, por ejemplo, la historia de José, hijo de Jacob, los hermanos de José vendiéndole á unos mercaderes, la mujer de Putifar queriendo seducir á José y éste perdonando á sus hermanos (pág. 194).

Metido ya en esta doctrina de iluminado, las consecuencias no se hacen esperar. Todo lo que no es la historia de José le parece mediocre y producto del mal arte: este mal arte que él cree que florece sólo entre las clases superiores, afirma que “las pervierte y acentúa en ellas los sentimientos más detestables para la dicha de los hombres, los de la superstición (*bueno*) ¡LOS DEL PATRIOTISMO! y los del sensualismo.”

Juzgando á todos los pueblos por el pueblo ruso, cree que la literatura está en las altas clases, en la burguesía, en los explotadores, en los ricos: no conoce los países meridionales; no tiene, sobre todo, ni la más remota idea de España, y no sabe que en España el arte lo ha creado el pueblo; que el romancero es el monumento más grande que después de la Biblia se ha elevado á la literatura.... que en España se recitan en las aldeas romances de Góngora, de Quevedo y Lope, que las canciones de nuestro pueblo son poemas, y que aquí no ha habido ni hay campesino que venga á Madrid y proteste de que á Cervantes se le haya elevado una estatua, ni haya dejado de nombrar mil veces en su vida á Don Quijote.

El libro: *¿Qué es el arte?*, de Tolstoy, debe leerse; pero no para seguir sus fanáticas inspiraciones, no para queernos *redimir* con sus doctrinas de cristianismo sin culto á Cristo, sino para que adquiramos la conciencia del gran adelanto en que nos hallamos respecto á esos sectarios del Norte y dejemos de lanzar gritos de admiración ante sus estrambóticas teorías.

## Concurso de GENTE VIEJA.

El miércoles 12 se reunieron D. Manuel del Palacio, D. Jacinto Benavente y D. Benito Pérez Galdós en las oficinas de este último, para comenzar su trabajo de examen de los artículos remitidos para nuestro concurso. Como este trabajo ocupará al jurado hasta el día 21 ó 22 de Marzo, hasta el 30 no se podrá publicar su fallo, y el artículo premiado aparecerá en GENTE VIEJA el día 10 de Abril.

MADRID.—Imprenta del Asilo de Huérfanos del S. C. de Jesús Juan Bravo, 5.—Teléfono 2.198.